



Los que encontré en el camino

MOSSEN

Antoni Maria

ALCOVER

1862 - 1932

per Camil Geis, prev.

El día 27 de abril de 1968 leíamos en la sección «HACE 50 AÑOS», del periódico gerundense «Los Sitios»: 27 DE ABRIL DE 1918. Hace dos días se encuentra en nuestra ciudad el sabio filólogo M. I. doctor don Antonio Alcover, Vicario General de Palma de Mallorca, quien, acompañado del reverendo doctor Pou, ha llevado a cabo en esta ciudad trabajos de investigación para su obra del Diccionario de la Lengua Catalana. Ayer, el Ilmo. señor Obispo le sentó en su mesa.»

Esta retrospectiva gacetilla vino a recordarme mi primer encuentro personal con el ilustre filólogo Antoni M.^a Alcover.

Alguno de estos días que Mossèn Alcover estuvo en Gerona estudiando el léxico y la fonética de nuestras comarcas, pasó por el Seminario Conciliar para conversar con estudiantes, procedentes de muy diversos lugares de la diócesis.

Yo tenía 16 años. En veladas literario-musicales ya había dado a conocer mis primeros escauceos literarios. Sería principalmente por esto que fui requerido para ser presentado, con otros compañeros, al ilustre filólogo para conversar con él.

Recuerdo su aire entre campechano y vehemente, como, según parece, fue siempre en todas sus actividades.

Adivinó en seguida mi interés por el quehacer lingüístico y me hizo prometer que, de vez en cuando, le mandaría material — léxico y formas sintácticas del habla gerundense — para su «Diccionari». Al cumplimiento de lo prometido, correspondió él mandándome, con toda regularidad, su «Bolletí».

Este afán de colaboración a la «Obra» de Mossèn Alcover despertó más y más en mi el estudio de la lengua, en vistas al enriquecimiento de mis formas de expresión.

Con esta colaboración entramos en relación epistolar. Conservo algunas de sus cartas, las más interesantes, con qué acusaba recibo de mis envíos: cartas que revelan el hombre campechano, al par que vehemente, que yo adiviné en nuestro primer contacto.

La efemérides cincuentenaria de la venida de Mossèn Alcover a Gerona, puesta de relieve por «Los Sitios», coincidía con el centenario del nacimiento de otro ilustre filólogo Pompeu Fabra: los dos, un día, día, compañeros y amigos, y, más tarde, distanciados y hasta adversarios.

Fue muy de lamentar que no supieran entenderse, porque, tengo para mí, que eran dos figuras que se complementaban: Alcover, más hombre de archivo; Fabra, más hombre de laboratorio. En síntesis: Alcover, representa la riqueza del idioma; Fabra, representa su adecuado uso.

Moll, el gran discípulo de Mossèn Alcover, incansable continuador de su copioso «Diccionari», en la colección baleárica «Les Illes d'Or», en 1962, con ocasión del centenario de su nacimien-

to, publicó una biografía del ilustre filólogo mallorquín, bajo el título de «Un home de combat (Mossèn Alcover)», libro interesantísimo, por el que discurren tantos hechos de nuestra historia literaria, política, social y religiosa. Es un libro de una gran sinceridad, cosa difícil en un fiel discípulo al hablar de su gran maestro, sobre todo tratándose de un hombre tan discutido y discutible; de una figura tan apasionada y apasionante. Pero ya nos advierte el autor, en el prólogo, que el libro no es un panegírico ni una simple apología: no pretende ser más que una biografía escrita con honradez y responsabilidad. *Creo que aquí está el gran mérito del libro de Moll: sin, al parecer pretenderlo y sólo diciendo la verdad, y no más que la verdad, reivindica la figura de un hombre todo fuego y pasión por su idioma, por nuestro idioma. Y diciendo la verdad y no ocultando sus defectos y sus «genialidades» — el entrecomillado pretende poner de relieve el doble sentido que podemos dar a esta palabra derivada de «genio» — ya queda redimido de todos sus defectos y agigantada su figura.*

Nació en Manacor el día 2 de febrero de 1862. Murió en Palma de Mallorca el día 6 de enero de 1932.

Como simple curiosidad, de interés personal, se me antoja de hacer constar que había sido condiscípulo del Doctor Llopart, Obispo de Gerona, que fue quien me ordenó sacerdote, y del Doctor Miralles, que me incardinó más tarde a la diócesis de Barcelona.

Durante el episcopado del Obispo Campins, en Mallorca, ejerció el cargo de Vicario General de aquella diócesis. Causa admiración y hasta cierta extrañeza, que un hombre dado en cuerpo y alma a tan intensos estudios lingüísticos, pudiera ejercer un cargo atiborrado de papeles de trámites y expedientes acaparadores de mucha atención. Es preciso recordar que era hombre de incansable dinamismo.

En plena «*renaixença catalana*», todo el mundo reclamaba un gran diccionario que recogiera toda nuestra riqueza idiomática. Y fue Mossèn Alcover quien, en el año 1901, publicó su célebre «*Lletra de Convit*» en vistas a la organización de la «*Obra del Diccionari*», que había de ser la obra de toda su vida. Para encontrar colaboración, sigue todos los países de habla catalana. Fue en una de estas «*eixides*», como llamaba él a todos estos viajes de exploración, que yo le conocí en Gerona.

En contacto con el Doctor Schädel, que, en 1904, había ido a Mallorca para estudiar dialectología balearica, se orientó en estudios lingüísticos, y, guiado por él, organiza, en 1906, el primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana.

En aquel entonces pasó a ser el hombre más popular de nuestro país.

En 1901 apareció su «*Bolletí*», que, cronológicamente, fue la primera revista filológica de España.

Al fundarse, en 1911, la Sección Filológica del «*Institut d'Estudis Catalans*», él fue nombrado su presidente, y su famosa «*Calaixera*» lexicográfica pasó, al cabo de 2 años, a formar parte de lo que podríamos llamar acervo común lexicográfico del Institut.

En 13 de mayo de 1918, unos 15 días después de su arriba citado paso por Gerona, tras largas y enconadas dimensiones en el seno del «*Institut*», lo abandonó llevándose consigo su «*calaixera*» a Mallorca.

Por su cuenta continuó la «*Obra del Diccionari*», que, bajo el título de «*Diccionari Català-Valencià-Balear*», empezó a publicar, después de haber obtenido una subvención estatal. No pudo ver acabada su obra. La continuó y acabó su fiel discípulo Francesc de B. Moll.

La ampliación de todas estas referencias las puede encontrar el lector en el citado libro biográfico de Moll.

No podría precisar las veces que yo le mandaría material. Una postal del 4 de enero de 1920 hace referencia a uno de estos envíos, que no sería el primero. Dice: «*La llista de mots i frases que m'envia, són ben interessants, i prou que em serviran per lo Diccionari.*»

Mossèn Alcover fue un gran folklorista. En el folklore encontró una mina de oro de lenguaje popular. Reunió en una serie de volúmenes (más de una docena) sus «*Rondaies*» mallorquines, escritas tal como salían de labios de sus populares narradores. Lenguaje vivo, pintoresco, primitivo. Parecen recogidas con cinta magnetofónica. Estas «*Rondaies*» le dieron una gran popularidad entre sus paisanos.

En mi larga estancia en Lyon, conocí a un mallorquín, gran comerciante de frutas (había allí muchos mallorquines que se dedicaban a este comercio), el cual vivía dentro la parroquia de mi residencia. Sostuve mucha relación con él y familia. Al pasar de la tienda al interior de la casa, se olvidaban de su «*afrancesamiento*» y se ponían, automáticamente, a hablar en nuestra lengua. Sus nietos venían de la escuela hablando un francés perfecto. Pero, al entrar al comedor, como sus padres y abuelos, trocaban el francés por el habla de sus lares mallorquines.

Un día fue invitado a comer — un plato típicamente mallorquín, — y, durante la comida, les expresé mi admiración por haber conservado el habla «*pairal*» hasta la tercera generación, y me dijo «*Monsieur*» Bibiloni — éste era su nombre —: «*Mis hijos pasaron y mis nietos pasan el verano en Manacor... Y todos leemos, cada noche, en familia, una de «ses Rondaies» de Mossèn Alcover. Y sacó un volumen de ellas de un armario y me lo puso ante mis ojos como si me mostrara un tesoro.*